

DONDE ESTÁ TU TESORO, ESTÁ EN TU CORAZÓN

CONFITEMINI

Confitemini Domino quoniam bonus.
Confitemini Domino, alleluia!

NADA TE TURBE

Nada te turbe, nada te espante.
Quien a Dios tiene nada le falta.
Nada te turbe, nada te espante.
Sólo Dios basta.

“–Tranquilizaos, rebaño pequeño, que es decisión de vuestro Padre reinar de hecho sobre vosotros. Vended vuestros bienes y dadlo en limosnas; haceos bolsas que no se estropeen, un tesoro inagotable en el cielo, adonde no se acercan los ladrones ni echa a perder la polilla. Porque donde tengáis vuestra riqueza tendréis el corazón.

Tened el delantal puesto y encendidos los candiles: pareceos a los que aguardan a que su amo vuelva de la boda para, cuando llegue, abrirle en cuanto llame. Dichosos esos criados si el amo al llegar los encuentra en vela: os aseguro que él se pondrá el delantal, los hará recostarse y les servirá uno a uno; si llega entrada la noche o incluso de madrugada y los encuentra así, dichosos ellos. Esto ya lo comprendéis, que si el dueño de la casa supiera a qué hora va a llegar el ladrón, no le dejaría abrir un boquete. Por eso, estad también vosotros preparados, pues cuando menos lo penséis, llegará este Hombre.

Pedro le preguntó:

–Señor, ¿has dicho esa parábola por nosotros o por todos en general?

El Señor continuó:

–Conque ¿dónde está ese administrador fiel y cuidadoso a quien el amo va a encargar de repartir a los sirvientes la ración a sus horas? Dichoso el tal empleado si el amo al llegar lo encuentra cumpliendo con su obligación. Os aseguro que le confiará la administración de todos sus bienes. Pero si el tal empleado, pensando que su amo tardará, empieza a maltratar a los mozos y a las muchachas, a comer y beber y emborracharse, el día que menos se lo espera, y a la hora que no ha previsto, llegará el amo y lo pondrá en la calle, mandándolo a donde se manda a los que no son fieles. El empleado ese que, conociendo el deseo de su señor, no prepara las cosas o no las hace como su señor desea, recibirá muchos palos; en cambio, el que no lo conoce, pero hace algo que merece palos, recibirá pocos. Al que mucho se le dio, mucho se le exigirá; al que mucho se le confió, más se le pedirá.”

Lc 12,32-48

Plena actualidad

Uno de los riesgos que nos amenazan constantemente es el caer en una vida superficial, mecánica, rutinaria y masificada... de la que no es fácil escapar. Con el pasar de los años, los proyectos, las metas y los ideales de mucha gente terminan reduciéndose y empobreciéndose. Desgraciadamente son muchos los que se levantan cada día sólo para “ir tirando”.

¿Dónde encontrar un principio humanizador, desalienante, capaz de liberar al hombre de la superficialidad, la masificación, la banalidad, el aturdimiento y el vacío interior?

Es sorprendente la insistencia con que Jesús habla de la actitud vigilante y despierta con que debemos enfrentarnos a la vida. Se podría decir que concibe la fe como “un vivir despiertos” que nos libera de la superficialidad y el sinsentido.

Los cristianos, acostumbrados con frecuencia a vivir nuestra fe como una tradición familiar, una herencia sociológica o una etiqueta más, no somos capaces de descubrir toda la fuerza que encierra para humanizar, personalizar y dar un sentido, una hondura y una esperanza nueva a nuestras vidas. Uno de los espectáculos más tristes para un creyente es observar cómo bastantes hombres y mujeres abandonan una fe, vivida de manera muy inconsciente y poco responsable, para adoptar una actitud de increencia, tan inconsciente y tan poco responsable como su postura anterior.

La llamada de Jesús a la vigilancia, en este pasaje, nos debe ayudar a despertar de la indiferencia, la pasividad, el descuido con que vivimos con frecuencia nuestra fe. Para vivir vigilantes esa fe cristiana necesitamos redescubrirla constantemente, conocerla con más profundidad, confrontarla con otras actitudes posibles ante la vida, agradecerla y tratar de vivirla con todas sus consecuencias. Entonces, la fe es luz que inspira nuestros criterios de actuación, fuerza que impulsa nuestro compromiso de construir una sociedad más humana, esperanza que anima todo nuestro vivir diario, y gozo que queremos conservar por encima de todo.

Sugerencias para orar

- a) *Acércate a Jesús y pon delante de Él todos tus miedos.* La ansiedad de poseer es, en el fondo, una forma de miedo de la que necesitamos ser liberados. Poseer, acumular, guardar... son una forma de proteger y ocultar nuestro propio desvalimiento. Pero Jesús pide de nosotros una confianza capaz de renunciar a todas esas preocupaciones y seguridades, y una fe que se arriesgue a dejar el cuidado de nuestra vida en manos del Padre.
- b) *Ponerse un delantal y encender un candil.* Parece nada, pero es mucho. Ponte a orar con delantal y con un candil encendido. Permanece despierto, alerta, vigilante. Escucha los ruidos de fuera y los de dentro de ti mismo. Intenta no distraerte; fija tus ojos en Jesús y escucha las voces, los gritos y los silencios de tus hermanos. ¿Qué es lo que te dicen? ¿Cuál es tu actitud? ¿Qué les dice el que llevas delantal?
- c) *Vigilar.* Abre las ventanas o sal al campo. Romper el círculo de tu yo y ábrete al mundo, a la historia. Lee el periódico o escucha los medios de comunicación... Intenta descifrar los signos de los tiempos y los brotes del Reino. Y vive responsablemente. Cuídalos, riégalos, entrégate a ellos.
- d) *Vivir responsablemente.* Sabes qué es una vida superficial, mecánica, rutinaria, masificada... Evita ese estilo de vida, evita los caminos que te llevan a ello. Renueva tu compromiso de hijo, de hermano, de discípulo. Lávate y ordena todo el día. Empieza a vivirlo como si fuera el día en que el Señor viene a comer a tu casa... Prepárate para recibirlo.
- e) *Eres un hombre, una mujer que aguarda.* Dios está llegando a tu vida, está en camino hacía ti. Tu experiencia –la de todos nosotros– no se acaba en lo ya conocido y experimentado, porque Alguien está llegando con su sorpresa, está irrumpiendo entre nosotros con su novedad y gratuidad. Somos gente que ha recibido el encargo de aguardar, sin saber en qué momento llegará Aquel que nos trae un nombre nuevo. Orar es esperar, aguardar...
- f) *Pídele que te enseñe a soportar los ritmos del Reino.* Los ritmos del Reino no son rápidos, ni visibles, ni tangibles, y no coinciden con nuestras leyes de la eficacia... Pero ofrece tus manos, con toda su pobreza, para colaborar con Él y hacer posible un nuevo día, una nueva era, una brisa de esperanza.

LA NOCHE

Conozco bien al hombre –dice Dios–,
soy yo quien le ha hecho, de modo que...

Es un ser curioso porque en él actúa esa libertad
que es el misterio de los misterios.
Aun así se puede exigir mucho al hombre.
No es malo. Hay que decir bien alto que no es malo
y que, cuando se sabe tratarle,
se le puede pedir y hacer rendir mucho.
Y Dios sabe –dice Dios– si mi gracia sabe tratarle
siendo como es insidiosa y hábil como un ladrón,
como un hombre que se dedica a cazar zorros.

Ya lo creo que sé tratar al hombre.
Como que es mi oficio y la libertad una creación mía.
Y sé que se puede pedir al hombre mucho corazón,
mucho justicia y mucho sacrificio,
y que tiene gran fe y gran caridad...
Pero lo que no hay manera de lograr, vaya por Dios, es un poco de esperanza,
un poco de confianza, de reposo, de calma,
un poco de abandono en mis manos, de renuncia.
Todo el tiempo está en tensión.
Y sólo tú, noche, hija mía, consigues, a veces, del hombre rebelde,

que se entregue un poco a mí,
que tienda un poco sus pobres miembros cansados en la cama,
que tienda su corazón dolorido
y, sobre todo, que su cabeza no ande cavilando
(que está siempre cavilando),
y que sus ideas no le anden dando vueltas en su cabeza
y no se revuelvan y tintineen como pepitas de calabaza,
o como un sonajero dentro de un pepino vacío.
¡Pobre hijo mío!

No me gusta el hombre que no duerme
y que arde en su cama de preocupaciones y de fiebre.
No me gusta el que al acostarse hace planes para el día siguiente.
El muy tonto ¿es que sabe acaso
cómo se presentará el día de mañana?
¿Sabe siquiera el color del tiempo que va a hacer?
Haría mejor en rezar.
Porque yo no he negado nunca el pan de cada día
al que se abandona en mis manos
como el bastón en la mano del caminante.

Me gusta el hombre que se abandona en mis brazos
como el bebé que se ríe y que no se ocupa de nada
y ve el mundo a través de los ojos de su madre.
Pero el que se pone a hacer cavilaciones para el día de mañana,
ése trabaja como un mercenario,
trabaja tonta y terriblemente como un esclavo
que da vueltas sin fin a una rueda que gira y gira.
Y –esto entre nosotros– es un imbécil...

Y hasta me han dicho que hay hombres
que trabajan bien y duermen mal, que no duermen nada.
¡Qué falta de confianza en mí!
Eso es casi más grave que si trabajasen mal y durmiesen bien.
Porque la pereza es un pecado más pequeño
que el agobio, que la desesperación
y que la falta de confianza en mí.

No hablo ahora de los que no trabajan
y no duermen de preocupación.
Esos son pecadores, es claro.
Y les está bien. No tienen más que ponerse a trabajar.
Hablo de los que trabajan y luego no duermen,
de los que tienen la virtud de trabajar
y no tienen la virtud de descansar.
Gobiernan muy bien durante el día los asuntos del día,
y luego no se atreven a confiármelos a mí durante la noche,
como si yo no fuera capaz de asegurar su gobierno durante la noche.
¡Tontos e imbéciles!
El que no duerme de preocupaciones es infiel a la esperanza,
y ésta es la peor infidelidad.

¡Yo administro bien, pobres hijos;
yo gobierno la creación entera, que es mucho más difícil!
Yo creo que quizá podríais, sin grandes pérdidas,
dejar vuestros asuntos en mis manos, hombres sabios,
porque quizá yo sea tan sabio como vosotros.
Yo creo que podríais despreocuparos durante una noche
y que, al día siguiente, no encontraríais
vuestros asuntos demasiado estropeados...
¡Quizá los encontraseis algo mejor!,
porque os amo como a las niñas de mis ojos,
y estoy atento a vuestras penas, lloros y novillos...
aun a los que no os atrevéis a confesar en público...

Quizá esta noche...

Péguy, Ch.